



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## LECTURA SESIÓN 12

# CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I

Carbajosa Ignacio, Joaquín González Echegaray y Francisco Varo. "Los orígenes de la monarquía". En *La Biblia en su entorno*, 223-232. Estella: Verbo Divino, 2023.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre, 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

La inscripción del propio faraón en el templo de Karnak enumera con todo detalle el itinerario y las localidades recorridas o conquistadas. Aunque muchas de ellas son difíciles de situar con precisión, el conjunto muestra un largo recorrido por la región, con especial interés por la llanura costera, la cuenca media del Jordán, el valle de Yizreel y el camino de Gaza hacia el este, a través del Néguev.

Su itinerario recorre zonas más o menos ricas, donde Egipto había tenido durante siglos una cierta hegemonía, aunque en ese momento la había perdido, pero sobre las que tenía interés. Precisamente esta expedición militar sirvió para imponer de nuevo su dominio en ellas, aunque sería por poco tiempo. Los restos arqueológicos de las destrucciones llevadas a cabo en esa expedición en numerosas aldeas y fortalezas son evidentes.

En cambio, Sesonq no se interesó por los territorios de los dos pequeños reinos que se estaban formando y no entró en ellos. Tal vez no formaban parte del grandioso proyecto de restaurar el control egipcio en sus antiguos puntos de mayor influencia, ya que allí no la habían tenido antes, pues eran zonas altas que habían estado relativamente deshabitadas hasta que comenzaron los poblamientos.

En cualquier caso, las rutas de su tránsito delimitan bastante bien sobre un mapa lo que debían ser los límites de esos dos reinos que se estaban formando. Uno de ellos entre Yizreel y las vías transversales que pasaban de la costa hasta el valle del Jordán un poco al norte de Jerusalén. El otro desde ahí hasta el Néguev. En ambos casos solo en las colinas centrales, sin dominar la costa ni las zonas cultivables en el valle central del Jordán.

Pese a la grandiosidad de la expedición, el control egipcio fue poco duradero, pues pronto habría de cambiar notablemente el panorama general de la región.

## II. LOS ORÍGENES DE LA MONARQUÍA

### 1. Agrupaciones ocasionales de tribus

En el contexto histórico del siglo XI a.C., donde aún no había un gobierno centralizado y las tribus se agrupaban ocasionalmente cuando era necesario hacer frente de modo conjunto a los problemas comunes, tiene bastantes visos de verosimilitud el cuadro dibujado por el canto de

Débora (Jue 5,1-32), donde se ensalza el triunfo conseguido en la batalla de Tanac, cerca de Meguidó. El conglomerado de tribus que presenta es bastante realista. Se han unido para hacer frente a la hegemonía del rey de Hasor las tribus de Galilea (Zabulón, Isacar y Neftalí) y de la región central (Maquir-Manasés, Efraím y Benjamín), y no se han querido incorporar los de la región costera, ocupados en las flotillas fenicias (Aser y Dan), ni las de Transjordania (Rubén y Gad). En total, se mencionan diez tribus que constituyen una unidad a la que se denomina Israel, se habla de sus miembros como «los que vivían aislados» (Jue 5,13), es decir, en las aldeas del campo, y se dice que acudieron «a las puertas» (Jue 5,11), esto es, a las ciudades fortificadas para hacerles frente. La victoria fue ampliamente celebrada, ya que significó el hundimiento, que sería decisivo, de las «ciudades-estado» cananeas del norte.

Lo acontecido en esa batalla es bien representativo de lo que sucedía con las poblaciones agrícolas de la región y las tribus en las que se agrupaban. Cada una vivía en su territorio, y solo ocasionalmente podrían unirse algunas de ellas para afrontar un problema que les afectaba, como era la creciente hegemonía del rey cananeo de Hasor, en ese caso.

Esa batalla produjo un vacío de poder cananeo en el valle de Yizreel, lo que, en los años inmediatamente siguientes, facilitaba por una parte a los madianitas que estaban en Galaad la realización de razias muy rápidas para saquear las despensas de las poblaciones del valle, y por otra también dejaba el valle expedito a los filisteos de la costa, y estos no desaprovecharon su oportunidad de llegar hasta Bet-Seán. En ese contexto histórico se enmarcan las noticias sobre la muerte de Saúl conservadas en los textos bíblicos (cf. 1 Sm 31,10).

## **2. La consolidación de una organización estatal en las mesetas centrales: Saúl e Isbaal**

En las tradiciones bíblicas sobre Saúl –sin tomar en consideración lo que podrían ser reelaboraciones posteriores– hay algunos detalles que encajan bastante bien con los datos arqueológicos y el contexto social de esta época. El territorio situado entre Siquem y Jerusalén, que es donde parece que fraguaron los primeros intentos de instauración de una monarquía, es el que la Biblia asigna a las tribus de Efraím y Benjamín. Es, por tanto, verosímil que fuera un personaje de Benjamín, como lo era Saúl, quien

liderase la transición del antiguo sistema en que las tribus se agrupaban solo provisionalmente y ante urgencias concretas, a una cierta organización estatal más estable. Los lugares donde discurren los acontecimientos más importantes de su vida – Silo, Betel, Guilgal, Micmás o Mispá, entre otros– están en esa franja de terreno.

Según se desprende de los textos bíblicos, y lo atestigua la arqueología, la ciudad más importante debería ser Guibeá (Benjamín). En ella Saúl tenía una casa (cf. 1 Sm 10,26) y había una guarnición del ejército bajo el mando de Jonatán. No parece que aún existiese allí una corte administrativa muy desarrollada. La otra unidad militar que completaba su modesto ejército, al mando del propio Saúl, tenía su cuartel general en Micmás (Efraím) (cf. 1 Sm 13,1-2). Su reino sería, pues, pequeño, y su liderazgo fue básicamente militar y carismático.

Saúl colaboró con las tribus del sur para controlar a los nómadas amalecitas del Néguev (1 Sm 15,4-8), e intentó ayudar a los vecinos que tenía inmediatamente al norte (Manasés) a cortar la penetración de los filisteos hasta Bet-Seán, pero fue derrotado y murió en Guilboá (1 Sm 31,1-13).

Le sucedería en ese reino aún no consolidado su hijo Isbaal. Al lector de la Biblia le llama la atención que su nombre sea derivado de Baal, y no de Yahvé. Pero es un indicio de verosimilitud el que la tradición bíblica lo haya conservado en sus relatos, redactados mucho más tarde. De hecho, es coherente con la mezcla de poblaciones característica de los poblados de la región central que constituyen el reino, el que se llamase así. En su tiempo parece que se amplió el territorio del reino de su padre, añadiéndose Galaad a los terrenos de Efraím y Benjamín (cf. 2 Sm 2,9). A su muerte, los ancianos de la zona decidieron sumarse a la otra iniciativa monárquica que había surgido en paralelo en la tribu de Judá por obra de David.

### **3. David, en el origen de una dinastía en el sur**

La mayor parte de los investigadores del texto bíblico coinciden en postular la existencia de una narración predeuteronomista acerca del acceso de David a la realeza. Ese relato ofrece un retrato bastante coherente con el marco histórico del momento. Se presenta a David como el jefe de un grupo de unos cuatrocientos mercenarios que integra tanto a miembros de su clan como a gentes desarraigadas tipo *habiru* (cf. 1 Sm 22,1-2), que a veces negocia con los filisteos y otras se enfrenta a ellos, y que se

mueve por los clanes de Judá ofreciendo protección a cambio de sustento (cf. 1 Sm 25,4-8). Luego sería proclamado «rey de Judá» en Hebrón (cf. 2 Sm 2,1-4), que en ese momento era la principal población de esa zona, y comienza una lucha contra el reino vecino de Isbaal. Una vez muerto este, los ancianos de ese reino deciden unirse a él (cf. 2 Sm 5,1-3).

En medio de ambos reinos quedaba la ciudad de Jerusalén, aún en manos jebuseas, y en un golpe de audacia, burlando sus defensas, David logró adueñarse del último gran reducto cananeo en su territorio (cf. 2 Sm 5,6-9). En esta «ciudad-estado» ya funcionaba desde tiempo atrás una burocracia administrativa que le resultaría muy útil. Tras adueñarse de la fortaleza posiblemente respetó y dejó en sus puestos a los altos funcionarios locales, lo que le facilitaría dotar a sus territorios de una organización de la que había carecido tanto el reino de Saúl e Isbaal como su propio reino en Hebrón.

Unificados los territorios de sus dos reinos, sus dominios se extenderían aproximadamente desde los confines de Siquem por el norte, hasta el Négev por el sur, donde seguían estando los ammonitas.

En el reinado de David abundaron los conflictos tanto externos como internos. De una parte, fueron frecuentes los enfrentamientos con filisteos que seguían siendo la mayor fuerza militar de la región, y controlaban la costa y el valle de Yizreel. También tuvo que gastar gran parte de sus energías guerreras en hacer frente a las incursiones de los arameos de Sobá que intentaban hacerse con el control de las tierras de Galaad.

Por otra parte, las intrigas palaciegas, los conatos de sublevación y las reivindicaciones tribales, conmovieron el ambiente de palacio, causando con frecuencia abundantes zozobras.

Pese a todo, bajo su mando se llevaron a cabo acciones que serían decisivas en la consolidación de una monarquía que englobase a varias tribus. Para esto fue muy importante la decisión de establecer la capital en Jerusalén, ya que se trataba de una «ciudad-estado» que no pertenecía a ninguna de las tribus israelitas, por lo que era un lugar excelente para centralizar el poder político sin estar sometido a las diferencias tribales. Además, tras salir airoso de las numerosas intrigas palaciegas, logró dejar en el trono a uno de sus hijos, Salomón, iniciando así una sucesión dinástica. La denominación de «casa de David» atestiguada por la inscripción de Tell Dan corrobora que era considerado, también entre sus vecinos arameos, como el iniciador de la dinastía.

#### 4. Salomón y la organización de un reino en torno a Jerusalén

Salomón recibió de su padre un reino de modestas dimensiones y en crisis. Es bastante probable que mejorase la organización administrativa de la corte de Jerusalén estableciendo un sistema de leva de trabajadores (cf. 1 Re 5,29-32) y tributos para el sostenimiento del reino (cf. 1 Re 5,2-8). También mantuvo relaciones comerciales y de vasallaje con algunos reinos vecinos (cf. 1 Re 5,21-28).

Durante su reinado, cobró notable desarrollo una clase social de funcionarios, militares y comerciantes, muy ligados a la corte real, que tendría su importancia en el futuro frente a la hegemonía que habían tenido hasta el momento los ancianos de los clanes y las aldeas en la toma de decisiones colectivas.

En la tradición posterior su fama quedó ligada a su sabiduría, así como a la construcción del palacio, las murallas y, sobre todo, del templo de Jerusalén. Aunque no se han descubierto restos arqueológicos de ese santuario (tampoco se ha podido excavar en la explanada bajo la que tal vez estuviese), algún motivo debió de haber para que en la tradición posterior se le atribuyese a él y no a David, fundador de la dinastía, la construcción del santuario, como hubiera sido más lógico.

### III. PRIMERAS CONSIDERACIONES SOBRE EL REY Y EL TEMPLO EN LA RELIGIÓN ISRAELITA

#### 1. Polémica sobre la legitimación religiosa de la monarquía

Mientras que las tribus israelitas constituían una sociedad desestructurada que se estaba asentando en los poblados de las colinas, solo reconocían la soberanía de su Dios, Yahvé, como su protector y único garante de su libertad. Ninguna persona podía atribuirse un mando sobre el pueblo si no era para hacer frente de modo temporal a un problema concreto, y apoyándose en aquellos que quisieran sumarse libremente a su llamada.

Los textos bíblicos conservan la memoria del fracaso en que terminaron los primeros intentos de personajes concretos, como Abimélec (cf. Jue 9,1-57), por hacerse con la realeza. La aceptación de un hombre que tuviese mando sobre las personas y los clanes parecía ir contra la libertad que

Yahvé había concedido a su pueblo sacándolo de Egipto. Sin embargo, con el paso del tiempo y el cambio de circunstancias históricas que se estaba viviendo en la región, cuando se estaba configurando un nuevo sistema de organización y gobierno supratribal, ¿qué pensar de todo eso?

Lo que en la Biblia se cuenta sobre Saúl no difiere mucho de lo narrado sobre los jueces, que ocasionalmente habían reunido al pueblo para librarlo de sus enemigos. Pero lo de David y Salomón ya era distinto. Ellos habían puesto los medios, aún incipientes y en unas dimensiones modestas, para el establecimiento de una autoridad permanente, detentada por una monarquía hereditaria, que gobernaría apoyada en unos colaboradores de palacio. Hubo intentos de rebelión ante la instauración de ese sistema, de los que nos han llegado indicios en la sublevación de Absalón, que contó con el apoyo de los ancianos y el pueblo (cf. 2 Sm 17,1-4), o la de Seba, hijo de Bicorí (cf. 2 Sm 20,1-2), pero, a diferencia de lo que antes había sucedido con Abimélec, fracasaron. Algo había cambiado.

A la larga, terminó imponiéndose la aceptación de unos reyes que, aunque tomaran algunas de las formas con las que se manifestaba el poder real en las culturas vecinas, no convertían al rey en un personaje de características divinas, dotado de un poder inapelable.

Los primeros relatos sobre el origen de la monarquía davídica presentan a David con todos los valores y debilidades de una persona de carne y hueso, lejos de las representaciones sobrehumanas características de las monarquías de Próximo Oriente en aquella época. El rey David era un personaje muy humano, con el que podrían sentirse identificados tanto los jóvenes como los padres de familia, tanto los campesinos como los funcionarios.

El rey no es alguien que tenga poder ni autoridad por sí mismo ni por su nacimiento, sino que es presentado y comprendido como alguien designado por Yahvé para cuidar de su pueblo:

Yahvé te ha ungido como príncipe de mi pueblo Israel. Tú regirás al pueblo del Señor y le librarás de la mano de los enemigos que lo rodean (1 Sm 10,1).

El Señor es quien se preocupa de su pueblo, y por eso saca a un hombre del pueblo para que se encargue de protegerlo con su ayuda, que no le faltará. A diferencia de lo que sucedía, por ejemplo, en Egipto, el rey no

era el centro sagrado de la sociedad, sino un hombre del pueblo carente de dignidad sagrada que desempeña una tarea de servicio.

## 2. El templo de Jerusalén: culto y sacerdocio

La monarquía que se estaba instaurando en Jerusalén también se ocupó de facilitar medios e instalaciones adecuados para las tareas de culto, que hasta ese momento se había limitado a ceremonias domésticas o en los lugares altos.

Según los datos proporcionados por los libros de Samuel, que muy probablemente en esto se hacen eco de informaciones fiables, David se apoyó en dos familias de sacerdotes. Una autóctona de Jerusalén, que es la de Sadoc, cuyo nombre parece indicar que era de origen jebuseo (los nombre compuestos de la raíz *sdq*, como Melquisedeq, suelen aparecer ligados a los antiguos pobladores de Jerusalén). Otra fue la de Abiatar, que servía en el santuario del Arca en Siló. De este modo se integraba el culto yahvista propio de los campesinos y pastores de los clanes israelitas con el culto tradicional de la ciudad de Jerusalén.

El traslado del Arca al Templo erigido por Salomón en Jerusalén también sirvió para presentar al culto del santuario como heredero legítimo del culto iniciado por el grupo del Éxodo, conservado por sus descendientes, y asumido en los clanes y tribus en los que se habían integrado al establecerse en estas tierras.

De este modo, en torno al culto del templo se iría enriqueciendo la reflexión teológica sobre Yahvé y tomando conciencia de su realeza, que se condensaría en expresiones como «Señor de los ejércitos», muy frecuente en los textos bíblicos, «rey de toda la tierra» (Sal 47,3), «rey de las naciones» (Sal 47,9) o «soberano de todos los dioses» (Sal 95,3), que expresan tanto su poder liberador como su supremacía por encima de todos los dioses, también del panteón cananeo.

La integración de la imagen tradicional de Yahvé con algunas formas locales de expresar su soberanía, ya utilizadas en el culto de 'El, sirvió como punto de partida para el desarrollo de una teología peculiar sobre el templo y la ciudad de Jerusalén, la «ciudad de Dios, morada santa del Altísimo» (Sal 46,5) ya que «Dios está en medio de ella» (Sal 46,6). Por eso, desde ella Dios «hace cesar las guerras hasta los confines del orbe; rompe los arcos, quiebra las lanzas, prende fuego a los carros de guerra»



(Sal 46,10) hasta convertirse en «la más bella cima, gozo de toda la tierra» (Sal 48,3).

### Cuestiones abiertas

La cuestión más debatida en la investigación contemporánea acerca de esta época es la que se plantea si hubo o no una monarquía unida, según lo que podría desprenderse de los relatos bíblicos acerca de los reinados de Saúl, David y Salomón, antes de la partición en dos reinos.

Un buen número de historiadores piensa que no es posible hablar de monarquía unida ni de partición, sino de dos reinos vecinos, Israel y Judá, que nunca gozaron de unidad política. La «monarquía unida» sería una creación literaria posterior, surgida en Judá. La razón que se suele esgrimir es que, por una parte, no se han encontrado datos extrabíblicos sobre la actividad de esos reyes ni sobre su propia existencia —excepto la mención de un David que inició una dinastía, pero sin mayores especificaciones—, y que, por otra parte, las excavaciones arqueológicas realizadas invitan a pensar que se trata de dos regiones con muy diferente desarrollo material y organizativo que no parecen formar una unidad. El reino del norte, Israel, mucho más rico y próspero que el del sur, y mejor organizado. Las primeras menciones a este reino, así como a sus gobernantes, en textos extrabíblicos son algunos siglos anteriores a las menciones del reino del sur.

En cualquier caso, los datos no son concluyentes. Todo parece apuntar a que en los orígenes de la monarquía hubo unos antecedentes muy modestos, como lo hemos señalado en nuestra exposición del tema, y no hay argumentos serios para negar el hecho de que las realidades que estaban surgiendo, tanto en las colinas de la región central como en la zona sur, pudieran haber tenido algunos gobernantes comunes, de donde arrancarían la tradición bíblica sobre estos reyes.

Ligada, en parte, a la cuestión anterior está la que deriva del hecho de que no se han encontrado restos arqueológicos del templo de Salomón. ¿Existió este templo o se trata de una creación literaria posterior? Es una de las grandes cuestiones que podrán ayudar a desvelar las excavaciones que se hagan en la Explanada de las Mezquitas, en Jerusalén. Los eventuales vestigios arqueológicos de la primera construcción del templo deben estar ahí, bajo tierra. Cuando se excave se podrá saber qué hay y de qué

época es. Por el momento no es posible llevar a cabo esa excavación por motivos políticos.

### Pistas de trabajo

Redacte un ensayo sobre la instauración de la monarquía en el antiguo Israel. Para ello puede hacer una lectura del libro de los Jueces, especialmente del capítulo noveno, y del libro primero de Samuel, sobre todo de los capítulos ocho al quince, e ir anotando los factores que impulsan al establecimiento de una monarquía, así como los hechos y argumentos esgrimidos por los opositores. ¿Cuál era el problema teológico para que hubiese reyes en Israel? ¿Hubo algún cambio en la antigua sociedad israelita acerca de esta cuestión, de acuerdo con lo narrado en el libro primero de Samuel?

Observe el modo en que se delinear en los textos de Jueces, 1 y 2 Samuel y 1 Reyes las personalidades de Samuel, Saúl y Salomón; ¿implica esto una valoración por parte de los redactores acerca de la institución monárquica?

### BIBLIOGRAFÍA

Para seguir profundizando en los orígenes de las monarquías de Israel y Judá, además de la bibliografía general citada en el tercer capítulo, se pueden consultar los siguientes estudios más específicos:

Ash, P. S., *David, Solomon and Egypt: A Reassessment* (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1999).

Aznar, C., «Aportaciones arqueológicas de los últimos diez años al estudio de la monarquía israelita»: *Estudios Bíblicos* 64 (2006) 283-317.

Bosworth, D. A., «Evaluating King David: Old Problems and Recent Scholarship»: *The Catholic Biblical Quarterly* 68 (2006) 191-210.

Ehrlich, C. S., y M. C. White (eds.), *Saul in Story and Tradition* (Tubinga: Mohr Siebeck, 2006).

Dietrich, W., *The Early Monarchy in Israel: The Tenth Century B.C.E.* (Biblical Encyclopedia; Atlanta, GA: SBL Press, 2007) [*Die frühe Königszeit in Israel. 10. Jahrhundert v. Chr.* (Biblische Enzyklopädie 3; Stuttgart: W. Kohlhammer, 1997)].

- Finkelstein, I., «The Campaign of Sheshonq I to Palestine: A Guide to the 10th Century bce Polity»: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 118 (2002) 109-135.
- , «The Rise of Jerusalem and Judah: the Missing Link»: *Levant* 32 (2001) 105-115.
- Finkelstein, I., y N. A. Silberman, *David and Solomon, In Search of the Bible's Sacred Kings and the Roots of the Western Tradition* (Nueva York: Simon and Schuster, 2006).
- Finkelstein, I., y N. Na'aman, *From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel* (Jerusalén: Yad Izhak Ben-Zvi, 1994).
- Fritz, V., y Ph. R. Davies, *The Origins of the Ancient Israelite States* (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1998).
- Niemann, H. M., «Megiddo and Solomon – A Biblical Investigation in Relation to Archaeology»: *Tel Aviv* 21 (2000) 59-72.

Acerca de las cuestiones más específicamente relacionadas con estos momentos en la historia de la religión puede verse:

- Mettinger, T. N. D., *King and Messiah: the Civil and Sacral Legitimation of the Israelite Kings* (Lund: Gleerup, 1976).
- Otto, E., «El und Jhwh in Jerusalem: Historische und theologische Aspekte einer Religionsintegration»: *Vetus Testamentum* 30,3 (1980) 316-329.
- Stager, L. E., «The Song of Deborah – Why Some Tribes Answered the Call and Others Did Not»: *Biblical Archaeology Review* 15,1 (1989) 51-64.